

acusaba de haber esperado a que ella saliese, y le hacía prometer que no volvería a trastornar la casa con semejantes escenas.

Después cerró violentamente la puerta tras ella. Marta bajó tambaleándose. Ya no lloraba. Repetía:

—Francisco vendrá; Francisco los echará a todos a la calle.

XXI

La diligencia de Tolón, que pasaba por las Tullettes, en donde hacía parada, partía de Plassans a las tres. Marta, enderezada por el latigazo de una idea fija, no quiso perder momento. Volvióse a poner chal y sombrero, y ordenó a Rosa que se vistiese en seguida.

—No sé qué le ocurrirá a la señora—dijo la cocinera a Olimpia.—Creo que partimos para un viaje de algunos días.

Marta dejó las llaves en las puertas. Tenía prisa de hallarse en la calle. Olimpia, que la acompañaba, intentó en vano saber dónde iba y cuántos días estaría ausente.

—En fin, esté usted tranquila—le dijo en el dintel con amable voz.—Yo cuidaré bien de todo y usted lo encontrará todo en orden... No se apure usted por apresurarse. Si va usted a Marsella, tráiganos mariscos frescos.

Y no había aún doblado Marta la esquina de la calle Taravelle, cuando Olimpia tomaba posesión de toda la casa. Cuando entró Trouche, encontró a su mujer golpeando en las puertas, hurgando en los muebles, huroneando, canturreando, y llenando las habitaciones con el vuelo de sus faldas.

—Se ha ido la burra de la criada con ella— le dijo Olimpia, arrellanándose en un sillón.—¿Eh, qué suerte si las dos se cayeran al fondo de un barranco? Bueno, lo mismo da; por algún tiempo vamos a estar a nuestras anchas. ¡Uf! ¡Qué bien estamos solos! ¿verdad, Honorato? Ven a darme un beso. Estamos en casa y podemos ponernos en camisa si queremos.

Entre tanto, Marta y Rosa llegaron a la carrera Sauvaire, precisamente cuando iba a partir la diligencia. El pescante estaba libre. Cuando la criada oyó que su ama decía al postillón que se detendría en las Tullettes, no se instaló en el coche sino rezongando. La diligencia no había salido aún de la ciudad cuando dijo la criada, gruñendo con su acento regañón:

—Yo que creía que por fin había usted entrado en razón. Creí que nos íbamos a Marsella a ver al señorito Octavio. Habríamos traído cangrejos y una langosta... Me he dado demasiada prisa. Usted es siempre la misma; siempre corre en busca de las penas y no sabe qué inventar para quebrar-se los cascos.

Marta, en la esquina del pescante, medio desvanecida, se abandonaba. Una debilidad mortal se apoderaba de ella, ahora que ya no luchaba contra el dolor que le destrozaba el pecho. Pero la cocinera ni siquiera la miraba.

—¡Vaya una ocurrencia la de ir a ver al señor!— proseguía.—¡Bonito espectáculo! ¡Y qué contenta va a poner a usted! Ya tendremos ocho días de no dormir. Ya puede usted tener miedo de noche, que si espera usted que me levante yo para mirar bajo los muebles... Y si la visita de usted hubiera de hacer bien al señor... Pero es capaz de verla y de rabiarse. Espero que no la dejarán a usted entrar. Primero porque está prohibido... Yo

no debí haber subido cuando habló usted de las Tullettes; quizá no habría usted hecho la tontería sola.

Un suspiro de Marta la interrumpió. Volvióse Rosa y la vió lívida, ahogándose; entonces se inclinó más, bajando un cristal para darle aire.

—Eso, y ahora muérase usted aquí, ¿verdad? ¿No estaría usted mejor en la cama, cuidándose? Cuando pienso que ha tenido usted la suerte de no hallar a su lado más que personas adictas, y que ni siquiera ha dado usted gracias a Dios. Bien sabe usted que es la verdad. El señor cura, su madre, su hermana, hasta el señor Trouche, la cuidan a usted con esmero; serían capaces de tirarse al fuego, y están en pie a cualquier hora del día y de la noche. He visto llorar a la señora Olimpia, sí, llorar, la última vez que estuvo usted mala. ¿Y cómo agradece usted sus bondades? Yéndose solapadamente a ver al señor, y eso que sabe usted que ha de darles mucha pena; porque no pueden querer al señor, que era tan malo para usted... ¿Quiere usted que yo se lo diga, señora? El matrimonio le ha hecho a usted adquirir la maldad del señor. ¿Oye usted? Hay días en que es usted tan mala como él.

Así continuó hasta la Tullettes, defendiendo a los Faujas, a los Trouche, acusando a su ama de toda clase de villanías. Acabó por decir:

—Esos sí que serían buenos amos si tuvieran dinero para sostener criados. Pero la fortuna va sólo a los malos corazones.

Marta, más calmada, no respondía. Miraba vagamente los escuetos árboles que desfilaban a lo largo del camino, los vastos campos que se despleaban como piezas de obscura tela. Los gruñidos de Rosa se perdían entre los vaivenes de la diligencia.

En las Tullettes, Marta se dirigió vivamente a casa del tío Macquart, seguida de la cocinera, que estaba ya callada, encogiéndose de hombros y frunciendo los labios.

—¡Cómo! ¿Eres tú?—exclamó el tío sorprendidísimo.—Te creía en cama. Me habían dicho que estabas enferma... ¡Ah, pequeña, no tienes buena cara! ¿Vienes a pedirme de comer?

—Quisiera ver a Francisco, tío—dijo Marta.

—¿A Francisco?—repitió Macquart mirándola de hito en hito.—¿Quieres ver a Francisco? Eso es ser una buena mujer. El pobre muchacho te ha llamado mucho. Yo lo veía desde mi jardín, dando puñetazos en las paredes y llamándote... ¡Ah! ¿Vienes a verle? Yo creí que le habían olvidado todos.

A los ojos de Marta se asomaban gruesas lágrimas.

—No será fácil verlo hoy—continuó Macquart.—Van a dar las cuatro. Además, no sé si el director te querrá dar permiso. Mouret no se porta bien desde hace algún tiempo; lo rompe todo y habla de pegar fuego... ¡Caramba! Los locos no son amables todos los días.

Marta escuchaba temblando. Iba a interrogar al tío, pero se contentó con tender las manos hacia él.

—Se lo ruego a usted—dijo.—He hecho el viaje adrede... es preciso absolutamente que hable con Francisco, hoy, al instante... Usted tiene amigos en la casa, y podrá usted abrirme sus puertas.

—Sin duda, sin duda—murmuró él, sin hablar más claro.

Parecía asaltado por gran perplejidad, sin penetrar más claramente la causa de aquel brusco viaje, y pareciendo discutir el caso desde un punto de vista personal, sólo de él conocido. Interrogó con la mirada a la cocinera, que volvió la es-

palda. Por fin, apareció en sus labios una leve sonrisa.

—En fin, pues lo quieres—murmuró,—voy a intentarlo. Sin embargo, ten presente que si tu madre se enfada, yo le diré que no he podido resistirte... Temo que te haga daño... No tiene nada de alegre, te lo aseguro.

Quando partieron, Rosa se negó resueltamente a acompañarles. Se había sentado delante del fuego de sarmientos, que ardía en la gran chimenea.

—No quiero ir a que me saquen los ojos—dijo agriamente.—El señor no me podía ver. Me quedo aquí; prefiero calentarme.

—Entonces—le dijo el tío al oído,—haga el favor de prepararnos un jarro de vino caliente. El vino y el azúcar están allí en el armario. Al volver lo necesitaremos.

Macquart no hizo entrar a su sobrina por la verja principal del manicomio. Volvió a la izquierda, y en una puertecilla pequeña preguntó por el guardián Alejandro, con el cual cruzó a media voz unas cuantas palabras. Después silenciosamente, se metieron los tres en interminables corredores. El guardián les guiaba.

—Yo te esperaré aquí—dijo Macquart deteniéndose en un patinillo.—Alejandro estará contigo.

—Yo preferiría estar sola—murmuró Marta.

—La señora no me arrendaría la ganancia—respondió el guardián con tranquila sonrisa.—Yo arriesgo demasiado.

La hizo atravesar otro patio y se detuvo ante una pequeña puerta. Al girar despacito la llave, dijo bajando la voz:

—No tenga usted miedo. Desde esta mañana está más calmado; han podido quitarle la camisa de fuerza... Si se enfada, sale usted de espaldas, ¿entiende? y me deja solo con él.

Marta entró, temblorosa, con la garganta seca. Al pronto no vió más que un bulto agazapado en un rincón, contra la pared. El día palidecía, y la celda sólo estaba alumbrada por una claridad de cueva, que caía de una ventana enrejada, con un cerco de tablas.

—¡Hola, amigo!—gritó familiarmente Alejandro golpeando el hombro de Mouret.—Le traigo a usted una visita. Espero que será usted bueno.

Fué a apoyarse de espaldas en la puerta, con los brazos colgando y sin separar la vista del loco. Mouret se había levantado lentamente. No pareció sorprendido ni por asomo.

—¿Eres tú, hijita?—dijo con apacible voz.—Te esperaba; estaba inquieto por los niños.

Marta, a quien se le doblaban las rodillas, le miraba con ansiedad, muda por aquella tierna acogida. Mouret no había cambiado nada; estaba mejor, grueso, afeitado, con la mirada clara. Habían reaparecido sus detalles de burgués satisfecho; se frotó las manos, guiñó el párpado izquierdo, y se puso a charlar con el acento socarrón de sus buenos días.

—Estoy muy bien, hija mía. Vamos a poder volver a casa... ¿Vienes por mí, verdad? ¿Han cuidado de mis lechugas? A las babosas les gustan mucho, y el jardín estaba comido de ellas; pero sé el medio de destruirlas... Tengo proyectos que... ya verás. Somos bastante ricos, y podemos permitirnos algunos caprichos... ¿Has visto en mi ausencia al tío Bautier, de San Eutropio? Le había comprado una partida de vino... Será preciso que yo vaya a verle... Tú no tienes memoria...

Se burlaba, amenazándola amistosamente con el dedo.

—Apuesto a que me lo voy a encontrar todo en desorden—continuó.—Vosotras no os cuidáis de

nada; los aperos están por el suelo, los armarios quedan abiertos, y Rosa lo mancha todo con la escoba... Y Rosa, ¿por qué no ha venido? ¡Ah, qué cabeza! No haremos nunca carrera con ella. ¿No sabes? Un día me quiso echar a la calle... Muy bien... La casa es suya. Hay para morir de risa. Pero no me hablas de los niños. Deseada sigue con su nodriza, ¿verdad? Iremos a darle un beso, le preguntaremos si se aburre. Quiero ir también a Marsella, porque Octavio me preocupa mucho. La última vez que le ví, le encontré muy disipado. De Sergio no habla; ese es demasiado bueno, y santificará a toda la familia... Mira, me gusta hablar de la casa.

Y habló, habló seguido, preguntando por cada árbol de su jardín, deteniéndose en los más mínimos detalles, demostrando una memoria extraordinaria para hablar de una infinidad de hechos menudos. Marta, profundamente conmovida por el afecto que le demostraba, creía ver una delicadeza suprema en el cuidado que ponía su marido en no dirigirle el menor reproche, en no hacer la menor alusión a los sufrimientos. Estaba perdonada; juraba rescatar su delito siendo la esclava sumisa de aquel hombre, tan grande en su bondad; y gruesas lágrimas rodaban en silencio por sus mejillas, en tanto que sus rodillas se doblaban para pedirle perdón.

—Desconfíe usted—le dijo el guardián al oído.—Me inquietan sus ojos.

—¡No está loco!—balbuceó Marta.—¡Le juro a usted que no está loco! Es preciso que yo hable al director. Quiero llevármelo en seguida.

—¡Desconfíe usted!—repitió rudamente el guardián tirándole de un brazo.

Mouret, en medio de su charla, acababa de girar sobre sí mismo, como animal golpeado. Se

tiró al suelo, y después anduvo a gatas a lo largo de la pared.

—¡Hu! ¡Hu!—gritaba con voz ronca y prolongada.

Se levantó de un brinco y cayó otra vez de costado. Fué una escena espantosa; se retorció como un gusano, se magullaba el rostro a puñetazos, se arrancaba el pellejo con las uñas. Pronto estuvo medio desnudo, con los vestidos hechos giros, agobiado, anonadado, jadeando.

—Salga usted, señora—gritaba el guardián.

Marta estaba como clavada. Se reconocía en el suelo; así se revolcaba ella en su alcoba, así se arañaba, así se golpeaba. Y hasta su voz reconocía. Mouret tenía exactamente su estertor. Ella había hecho a aquel desgraciado.

—No está loco...—tartamudeaba.—¡No puede estar loco!... ¡Sería horrible! Preferiría morir.

El guardián, cogiéndola a brazo partido, la puso en la puerta, pero ella se quedó allí, pegada a la madera. En la celda oyó ruido de lucha, gritos de cerdo degollado; después hubo una caída sorda, como la de un fardo de ropa mojada, y reinó un silencio de muerte. Cuando volvió a salir el guardián, casi había caído la noche. Marta no vio más que un hueco negro por la entornada puerta.

—¡Demontre!—gritó el guardián furioso aún.—¡Está usted buena al gritar que no está loco, señora! Por poco se me lleva el pulgar de un bocado... Ya está tranquilo para algunas horas.

Y al acompañarla continuaba:

—No sabe usted lo pillos que son todos aquí... Se las echan de buenos horas enteras, y cuentan cosas que parecen muy cuerdas; después, ¡crac! sin advertir se le tiran a usted al cuello. Ya veía

yo que algo tramaba cuando hablaba de sus hijos; tenía los ojos atravesados.

Cuando Marta volvió al lado del tío Macquart, en el patinillo, repitió febrilmente, sin poder llorar, con voz lenta y desgarrada:

—¡Está loco! ¡Está loco!

—¡Claro que está loco!—dijo riendo el tío.—¿Creeas que le ibas a encontrar gallardeando? No le han traído aquí a que se divierta, creo yo... Además, la casa no es sana. Al cabo de dos horas, ¡je, je! yo me volvería rabioso.

La examinaba con el rabillo del ojo, espionando sus menores sobresaltos nerviosos. Después, con su acento bonachón:

—¿No querrás ver a la abuela?

Marta hizo un gesto de espanto, tapándose el rostro con las manos.

—A nadie molestaríamos—prosiguió.—Alejandro nos habría hecho el favor. Está allí al lado, y nada hay que temer con ella; es muy pacífica. ¿Verdad, Alejandro, que nunca molesta? Está siempre sentada, mirando hacia adelante. Hace doce años que no se ha movido. Pero si quieres verla...

Cuando el guardián despedía de ellos, le invitó a beber un vaso de vino caliente, guiñando el ojo de cierto modo que pareció decidir a Alejandro a aceptar. Hubieron que sostener a Marta el y las piernas se doblaban a cada paso. Cuando con garon se llevaban convulsa, con los ojos enrojecidos por uno de aquellos ataques. Al ver que delante horas enteras le tenían con él.—Es

—¿Eh? ¿Qué había dicho yo?—gritaba ella.—¡En buen estado viene! ¡Y cómo furiosa a volver ahora? ¿Es posible, Dios mío, tenerla de una cabeza tan mal organizada? El cayera. Cuánberla ahogada, para darle una leccigidez de cada-

—¡Bah!—dijo el tío.—La voy a tender en mi cama. No nos moriremos por pasar la noche junto al fuego.

Descorrió una cortina que tapaba una alcoba. Rosa fué gruñendo a desnudar a su ama. No había nada que hacer—decía,—sino ponerle a los pies un ladrillo caliente.

—Ahora que está durmiendo, vamos a echar un trago—dijo el tío con su risita de lobo acomodado.—El vino caliente huele terriblemente bien, compañera.

—He encontrado un limón en la chimenea y lo he tomado—dijo Rosa.

—Bien hecho. Aquí hay de todo. Cuando guiso un conejo, no le falta nada, respondo de ello.

Había puesto una mesa delante de la chimenea. Sentóse entre la cocinera y Alejandro, escanciando el vino caliente en grandes tazas amarillas. Cuando hubo bebido dos sorbos religiosamente:

—¡Caramba!—exclamó chañqueando la lengua.

—¡Vaya un buen vino caliente! ¡Je, je! Usted lo entiende; es mejor que el mío. Tendrá usted que dejarme su receta.

Rosa, calmada, alhagada por los cumplidos, un echó a reír. El fuego ostentaba una gran brasa guá. Las tazas se llenaron de nuevo.

—De modo—dijo Macquart apoyándose de co-
puertara mirar de frente a la cocinera,—que mi

—¡D ha venido así, por una ventolera que le
¡Está us?

ñora! Pone hable usted — respondió Rosa, — que
do... Ya es montar en cólera... La señora se vuelve

Y al acor el señor; ya no sabe ni a quién quiere
—No sabe o quiere... Creo que antes de partir se
Se las echan en el señor cura. He oído sus voces

cosas que pare
sin advertir se la carcajada.

—Sin embargo, estaban muy de acuerdo—murmuró.

—Sin duda, pero nada dura con una sesera como la de la señora... Apuesto a que echa de menos los voleos que el señor le daba de noche... Hemos encontrado el palo en el jardín.

Macquart la miró más atentamente, entre dos sorbos de vino.

—Quizá venía a llevarse a Francisco.

—¡Oh! ¡Dios nos libre!—gritó Rosa con aire de espanto. — ¡Buen destrozo haría el señor en la casa! ¡Nos mataría a todos! Mire usted, ese es mi gran temor. Tiemblo de pensar que llegue cualquier noche a asesinarnos. Cunado pienso en ello, en la cama, no me puedo dormir. Me parece que le veo entrar por la ventana con los pelos erizados y los ojos relucientes como fósforos.

Macquart se alegraba ruidosamente, golpeando la mesa con la taza.

—¡Sería gracioso, sería gracioso! — repetía. — No debe de quererles, sobre todo al cura que le ha quitado el sitio. No tendría más que para un bocado, con el cura, a pesar de lo hombrón que es; porque dicen que los locos tienen una fuerza enorme... Dime, Alejandro, ¿no te figuras al pobre Francisco cayendo en su casa? Limpiaría el suelo divinamente. A mí me divertiría.

Echaba miradas al guardián, que se bebía el vino caliente con tranquilidad y se contentaba con aprobar con la cabeza.

—Es una suposición—prosiguió Macquart al ver los espantados ojos de Rosa clavados en él.—Es broma.

En aquel momento Marta se retorció furiosamente tras la cortina; fué preciso contenerla durante unos minutos para que no se cayera. Cuando se extendió de nuevo con su rigidez de cadá-

ver, el tío fué a calentarse los muslos ante la chimenea, reflexionando, y murmurando, sin pensar lo que decía:

—Es bastante fastidiosa la niña.

Después, preguntó bruscamente:

—Y los Rougon, ¿qué dicen a todo esto? ¿Están de parte del cura, ¿verdad?

—El señor no era lo bastante amable para que le echen de menos—respondió Rosa.—No sabía qué maldad inventar contra ellos.

—En eso hacía bien—repuso el tío.—Los Rougon son unos pilletes. Cuando pienso que no han querido comprar aquel campo de trigo de allí enfrente... Una operación magnífica de que yo me encargaba... ¡Felicidad sí que se pondría buena, si viese volver a Francisco!

Volvió a reirse y dió la vuelta alrededor de la mesa. Luego, encendiendo la pipa con gesto de resolución:

—No olvides la hora, muchacho—dijo a Alejandro con nuevo guiño.—Yo te acompañaré. Marta parece tranquila ahora. Rosa pondrá la mesa entre tanto... ¿Debe usted de tener hambre, verdad, Rosa? Puesto que se ve usted obligada a pasar aquí la noche, tomará usted un bocado conmigo.

Se llevó al guardián. Al cabo de media hora no había vuelto. La cocinera, que se aburría de estar sola, abrió la puerta y salió a la terraza, mirando la carretera vacía en la clara noche. Cuando iba a entrar de nuevo, creyó divisar, al otro lado del camino, dos sombras negras, en medio de un sendero, detrás de un seto.

—Parece el tío—pensó.—Creo que habla con un cura.

Pocos minutos después, el tío llegó. Dijo que

aquel demontre de Alejandro no acababa nunca de contarle cosas.

—¿No era usted el que estaba allí con un cura hace un momento?—preguntó a Rosa.

—¡Yo con un cura!—exclamó él.—¿Dónde demonio ha soñado usted eso? No hay curas en el país.

Revolvía sus ardientes ojillos. Después pareció descontento de su mentira, y prosiguió:

—Está el Padre Fénil, pero como si no estuviera. No sale nunca.

—El Padre Fénil es un cualquier cosa—dijo la cocinera.

Entonces el tío se incomodó.

—¿Por qué un cualquier cosa? Hace mucho bien aquí; y es hombre listo... Vale más que muchos curas que dan disgustos.

Pero su cólera cedió al momento. Se echó a reir, al ver que Rosa le miraba con aire de sorpresa.

—Yo me río, al fin y al cabo—murmuró.—Tiene usted razón; todos los curas son lo mismo. Hipocresía y Compañía... Ahora ya sé con quién me debe usted haber visto. He encontrado a la droguera que llevaba traje negro, y usted lo habrá tomado por una sotana.

Rosa hizo una tortilla, y el tío puso sobre la mesa un pedazo de queso. No habían acabado de comer, cuando Marta se incorporó, con el aspecto asombrado de una persona que despierta en lugar desconocido. Cuando se echó hacia atrás los cabellos, y le volvió la memoria, saltó al suelo y dijo que quería partir, partir al punto. Macquart pareció muy contrariado por aquel despertar.

—Es imposible. No puedes volver a Plassans esta noche—dijo.—Estás tiritando de fiebre y caerás enferma por el camino. Descansa. Mañana veremos. En primer lugar no hay diligencia.

—Usted me llevará en su tartana—respondió Marta.

—No; no quiero; no puedo.

Marta, que se sentía con prisa febril, declaró que iría a Plassans a pie antes que pasar la noche en las Tullettes.

El tío reflexionaba; había cerrado la puerta, guardándose la llave en el bolsillo. Suplicó a su sobrina, la amenazó, inventó excusas, en tanto que ella, sin escucharle, acababa de ponerse el sombrero.

—¡Si cree usted que la va a convencer!—dijo Rosa, que terminaba tranquilamente su pedazo de queso.—Preferiría pasar por la ventana. Enganche usted el caballo; será mejor.

El tío, después de una corta pausa, se encogió de hombros, exclamando con cólera:

—¡A mí me da lo mismo, al fin y al cabo! Que se ponga mala si quiere. Yo quería evitar una desgracia... Haz lo que quieras. Pase lo que pase, voy a acompañarte.

Fué preciso llevar a Marta en la tartana; estremeóla una gran fiebre. El tío le echó una capa vieja sobre los hombros. Chasqueó la lengua, y el caballo partió.

—A mí—dijo,—no me disgusta ir esta noche a Plassans... Al contrario... Se divierte uno en Plassans.

Eran cerca de las diez. El cielo, cargado de lluvia, tenía un resplandor rojizo que iluminaba débilmente el camino. A lo largo de la carretera, Macquart se inclinaba, mirando las cunetas, los setos. Habiéndole preguntado Rosa qué buscaba, respondió que habían bajado lobos de las gargantas del Seille. Había recobrado todo su buen humor. A una legua de Plassans, empezó a llover, lluvia de chaparón, violenta y fría. Entonces, el tío

soltó ternos. Rosa habría pegado a su ama, que agonizaba bajo la capa. Cuando por fin llegaron, el cielo estaba otra vez azul.

—¿Vamos a la calle Balande?—preguntó Macquart.

Entonces le dijo él que Marta le parecía muy enferma, y que tal vez sería mejor llevarla a casa de su madre. No obstante, consintió, tras corta vacilación, en parar el caballo ante la casa de los Mouret. Marta ni siquiera se había llevado la llave. Rosa, felizmente, llevaba la suya en el bolsillo; pero cuando quiso abrir, la puerta no cedió. Los Trouche debían de haber echado los cerrojos. Llamó con el puño, sin despertar otro ruido que el apagado eco del vestíbulo.

—Hace usted mal en molestarse—dijo el tío riendo entre dientes.—No bajarán; les molestaría. Ya os han echado a la calle, hijas mías. Mi primera idea era mejor. Hemos de llevar a la querida niña a casa de Rougon; mejor estará allí que en su alcoba, yo lo aseguro.

Felicidad se entregó a una desesperación ruidosa, cuando vió a su hija a aquellas horas, empapada en lluvia, medio muerta. La acostó en el segundo piso, trastornó la casa, hizo levantar a todos sus criados. Cuando estuvo un tanto calmada y se hubo sentado a la cabecera de Marta, pidió explicaciones.

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿Cómo la trae usted en ese estado?

Macquart, con acento de gran bonachonería, contó el viaje de la "querida niña". Se defendía, diciendo que había hecho todo lo posible para impedirle ir a ver a Francisco. Acabó por invocar el testimonio de Rosa, al ver que Felicidad le examinaba atentamente con suspicacia. Pero Felicidad continuó moviendo la cabeza:

—Es muy desmañada esa historia—murmuró.
—Hay algo que no comprendo.

Conocía a Macquart, y olfateaba una pillada, en la alegría secreta que le fruncía el rabillo del ojo.

—Es usted muy singular—dijo el tío para librarse de su examen.—Siempre imagina usted cosas del otro mundo. No puedo decirle a usted lo que sé... Más que usted quiero yo a Marta, y nunca he obrado más que por su interés. Voy a ir por el médico, si usted quiere.

Madame Rougon le siguió con la vista. Interrogó largamente a Rosa, sin averiguar nada. Por otra parte, parecía muy contenta por tener a su hija en casa; hablaba amargamente de las personas "que la dejan reventar a una a la puerta de su casa, sin abrir siquiera"; Marta, con la cabeza caída sobre la almohada, se moría.

XXII

En la celda de las Tullettes era noche negra. Un soplo glacial sacó a Mouret del estupor cataleptico en que le había sumido el ataque de la tarde. Agazapado contra la pared, permaneció un instante inmóvil, con los ojos abiertos, moviendo suavemente la cabeza sobre el frío de la piedra, gimiendo como niño que despierta. Pero tenía las piernas azotadas por una corriente de aire tan húmeda, que se levantó y miró. En frente de él vió la puerta de la celda abierta de par en par.

—Ella ha dejado la puerta abierta—dijo el loco en voz alta... Debe de esperarme, y es preciso que me vaya.

Salió y volvió a entrar palpándose la ropa, con el aire minucioso de un hombre ordenado que teme olvidar alguna cosa; después volvió a cerrar la puerta con cuidado. Atravesó el primer patio con su tranquilo pasito de burgués paseante. Cuando entraba en el segundo, vió un guardián que parecía acechar. Se detuvo y reflexionó un momento. Pero, habiendo desaparecido el guardián, se encontró al otro extremo del patio, delante de una nueva puerta abierta que daba al campo. La cerró tras sí, sin asombrarse, sin apresurarse.